

Se conmemora el 25 aniversario de la Academia con la siguiente conferencia del Dr. Guillermo Garbarini Islas:

## 25 años de una Academia

### I

Señor Presidente, señores Académicos, señoras, señores:

Corría 1938. En el orden internacional la tranquila euforia que había nacido con la paz de Versailles y la creación de la Sociedad de las Naciones, había ido desapareciendo paulatinamente a medida que Hitler iba reemponzoñando a los alemanes con sus devaneos de grandeza y superioridad. A la anexión de Austria había sucedido Danzig y más recientemente el desmembramiento de la joven y pujante Tchecoeslovaquia. Hasta los ingleses, fracasado el espíritu conciliador de Chamberlain, humillado en Munich, empezaban a pensar que sólo la fuerza de las armas podría detener la arrogancia insultante de los nazis. En Francia ya había fallecido Briand, el mayor pacifista del siglo, y en Italia crecía el histerismo farsante de Mussolini.

Nuestro país en cambio vivía un momento feliz.

Justo había terminado un gobierno próspero y ecuánime. Quedaban como saldo tangible de su actuación una buena red de elevadores de granos y una magnífica obra caminera en marcha —que de no haber sido paralizada por el señor Perón podría estar ya en los 30.000 kilómetros—. La moneda suavemente desvalorizada en 1930, como consecuencia de la mala conducción financiera de Yrigoyen, estaba estabilizada con el dólar ligeramente por debajo de los 4 pesos. No tenía nuestro signo la inmutabilidad magnífica de que nos habla Stefan Zweig en su hermoso “Mundo de ayer”, capítulo 1º, pero había confianza y la confianza, que nace de la buena administración, es la base de la estabilidad de las monedas y de la prosperidad de los pueblos.

Ortiz hombre probo e inteligente, iniciaba su gobierno, que parecía destinado a ser como el de Justo y el de Alvear, un gobierno de respeto y de progreso.

Buenos Aires, con sus flamantes colectivos y subterráneos, sus calles ensanchadas, sus avenidas y sus nuevas construccio-

nes, se transformaba a vista de ojo, la industria se fortificaba y se expandía y del campo, beneficiado poco antes por la ley 11.747 de carnes y por el pacto Roca-Runciman llegaba a la ciudad un hálito de bienestar. Los ferrocarriles y los teléfonos no eran nuestros pero se podían llamar ferrocarriles y teléfonos y no daban pérdida a la Nación.

Era un momento feliz de nuestra historia en que nadie hubiera pensado que la muerte prematura de Ortiz, unida a otros factores, iba a llevar al país a la difícil situación de 1943, que culminó con el encumbramiento del ex presidente que reside en Madrid.

## II

En ese momento —octubre de 1938— dos muchachos se encuentran en un tren que va de Constitución a Bolívar, uno de ellos es Enrique de Gandía, secretario de la Academia de la Historia y autor de más libros que los años que cuenta, que viaja a 25 de Mayo a dictar una conferencia, el otro, aunque próximo a ser titular, es un modesto profesor adjunto de derecho y de economía de nuestra Universidad y de la de La Plata —el que habla— que se traslada a su estanzuela de estación Islas, parte de la estancia que 100 años atrás fundara entre los indios, que le llevaron una hermana cautiva, su abuelo materno, don Antonio María Islas.

Los dos muchachos conversan y como son serios y estudiosos su charla va hacia los problemas morales y políticos del país: ¿y si fundáramos un centro de estudio de esos problemas? ¿Por qué no una academia de ciencias morales y políticas como las que existen en París o en Madrid?

Pero la empresa es demasiado presuntuosa para dos hombres jóvenes y ambos coinciden en que hay que ponerla en manos de alguien con más conocimientos, antecedentes y prestigios.

A mis labios asoma un nombre: Rodolfo Rivarola.

Con él he tenido el honor de fundar un lustro antes, en unión de Gregorio Aráoz Alfaro y Tomás Amadeo, el Instituto Cultural Argentino Brasileño y con él, J. Honorio Silgueira, César Viale y Félix E. Etchegoyen he viajado tres años atrás, en misión de intercambio cultural, a Río de Janeiro. Fruto de esos contactos es una amistad sincera entre ambos y un respeto casi filial de mi parte a ese hombre de excepción al que tanto le debe nuestra cultura.

Gandía acepta sin dudar mi propuesta y 3 días después, a mi regreso a Buenos Aires, creo que el 3 ó 4 de noviembre de 1938, lo visito a don Rodolfo en su estudio.

Aquel hombre extraordinario, cuyos 80 años habían sido festejados poco antes con un acto magnífico realizado en el

Teatro Colón, se entusiasma con vigor veinteañero y me dice sin vacilación que acepta auspiciar y hacer suya la iniciativa.

¿Tiene candidatos? me pregunta. Sí, le contesto, desde luego, usted para la presidencia y para Académicos sus hijos Mario y Horacio —el padre sonríe satisfecho y orgulloso— Monseñor de Andrea, para mí el más grande sacerdote argentino, Honorio Silgueira, presidente de la Federación Argentina de Colegios de Abogados, trabajador incansable y bondad personificada, Tomás Amadeo, sociólogo eminente, fundador y presidente de esa gran institución que es el Museo Social Argentino, profesor erudito y hombre de ecuanimidad extraordinaria, y Adolfo Bioy con quien yo había actuado en la C. D. de la Sociedad Rural Argentina, donde había aprendido a quererlo y a respetarlo. Lo felicito me dice, ha elegido usted muy bien. Yo le hablaré a nuestro amigo Aráoz Alfaro y a algún otro. Perfecto, le respondo. Sé que Gandía tiene como candidato a su compañero de academia Rómulo Zabala. Bien.

De la conversación y de otras posteriores con Gandía surgen otros nombres: Eduardo Crespo, Octavio Amadeo, Vicente C. Gallo, Alfredo L. Palacios, Mariano R. Castex, Marcelino Herrera Vegas, Rodolfo Martínez Pita, Ricarlo Levene, José Evaristo Uriburu.

En los primeros días de diciembre hay una reunión preliminar en el Museo Social Argentino, cedido por Amadeo y por mí presidente y secretario general respectivamente de aquella benemérita casa, y el 28 de diciembre se celebra en el salón del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires la sesión constitutiva de la nueva academia.

Preside don Rodolfo, primus inter pares, a su diestra Vicente C. Gallo, Rector de la Universidad, con ellos: De Andrea, Tomás Amadeo, Aráoz Alfaro, Palacios, Silgueira, Martínez Pita, Castex, Herrera Vegas, Cranwell, Mario y Horacio Rivarola y los secretarios ad hoc Gandía y yo.

Habla don Rodolfo, pausadamente, con esa su voz grave y de acento convincente: “Por ahora nos corresponderá adquirir merecimientos para que sean igualmente amparados el empeño y el esfuerzo colectivo en realizar la promesa que implican el título, y la obra a que alcancen la dedicación de nuestro tiempo y de nuestros estudios en Ciencias morales y políticas”.

Al final de sus palabras, entre grandes aplausos se declara fundada la Academia y se pasa a cuarto intermedio hasta el 3 de mayo de 1939 en que, con las adhesiones posteriores de Octavio R. Amadeo, Ernesto Bosch, J. A. González Calderón, Alejandro M. Unsain y José Evaristo Uriburu, a los que luego se agregarán Leopoldo Melo, Rafael Bielsa, Carlos Saavedra Lamas, Ricardo Levene, Juan Carlos Rébora y Rodolfo Bullrich, se reúne nuevamente la Academia y elige su mesa directiva: Presidente, Rodolfo Rivarola; vices, Adolfo Bioy y Monseñor De Andrea;

secretarios, Gandía y Garbarini Islas; tesorero, Marcelino Herrera Vegas.

También en dicha sesión del 3 de mayo se aprueban los Estatutos de la Academia proyectados por los Dres. Bioy, Gandía y Garbarini Islas.

La Academia está en marcha.

En ese mismo 1939 se dictó el primer ciclo de conferencias, todas ellas en el salón de actos de la vieja Facultad de Ciencias Económicas, Charcas entre Callao y Río Bamba.

La inicial, como era lógico, estuvo a cargo de nuestro Presidente Don Rodolfo, y, como todas las suyas, fue un éxito. Se tituló "Enfermedades de la Política, diagnóstico y tratamiento" y en ella el maestro, después de afirmar que "la paz interior no quedó consolidada con la Constitución de 1853, ni con su texto definitivo de 1860", pasa revista a los distintos alzamientos y a las diversas leyes electorales, da un esquema de bases para la reforma electoral que él juzga conveniente y termina refiriéndose a la manera de "afianzar la justicia y promover el bienestar general".

La segunda estuvo a cargo de otro hombre de gran volumen, Gregorio Aráoz Alfaro, quien trató el tema: "Política demográfica. Natalidad, mortalidad".

La tercera y última del año, ya estallada la segunda guerra mundial, estuvo a cargo del que habla, quien como reacción contra el nazismo, desbordante de prepotencia en ese momento, se refirió a: "La influencia bienhechora de Francia".

Para 1940 se proyectan dos conferencias, que son otros tantos éxitos, a cargo de los académicos Dres. Tomás Amadeo y Enrique de Gandía, y otra del Ing. Alejandro Bunge, quien se incorpora a la Academia con una disertación sobre "La defensa del país".

En 1941-42 se trabaja en la preparación de algunos cursos de Ciencia política proyectados por la presidencia y por el Gral. Martínez Pita, y se escucha una magnífica exposición del Dr. Juan Carlos Rébora sobre el matrimonio.

En la primera sesión de 1943 la Academia, con emocionado silencio, se pone de pie en homenaje a su gran Presidente-fundador, el Dr. Rodolfo Rivarola, fallecido poco antes y escucha la palabra del vicepresidente Bioy que, a la par que informa sobre las disposiciones tomadas en ocasión de tan gran pérdida para la Nación y la Academia, hace el justo elogio del extinto.

En la misma sesión el Dr. Aráoz Alfaro propone que se haga una encuesta sobre el siguiente tema central y varios subtemas: "¿Pasada la guerra, conviene abrir ampliamente las puertas a la inmigración o limitarla a cuotas determinadas?", propuesta que se aprueba, designándose, en la sesión siguiente

a Monseñor De Andrea y a los Dres. Palacios y Tomás Amadeo para organizarla.

El 2 de junio de 1943 se renueva la mesa directiva, eligiéndose presidente al Dr. Bioy, vices a Monseñor De Andrea y al Dr. Horacio C. Rivarola y se reelige como secretarios a los Dres. Enrique de Gandía y Guillermo Garbarini Islas, y como tesorero al Dr. Herrera Vegas.

En el mismo año se entrevista al Presidente Castillo para pedirle el reconocimiento oficial de la Academia, y éste tiene lugar, luego de la revolución, por el Gral. Ramírez, a quien había visitado la Mesa Directiva.

Entre tanto, se han incorporado a la Academia los doctores Adrián Escobar y Agustín N. Matienzo; y, el 2 de diciembre de 1943, el Gral. Martínez Pita actualiza el anterior proyecto de ciencia política.

El 10 del mismo mes y año se aprueban algunas modificaciones al Estatuto para adaptarlo al decreto de reconocimiento oficial de la Academia.

En 1944 se continúa el estudio de los cursos de ciencia política, se habla de una universidad panamericana, a cuya creación se opone con argumentos de peso el Dr. Tomás Amadeo, y se proyecta la publicación de una revista, para cuyo estudio preliminar se designa a los Académicos Bullrich y Gandía.

A fin del mismo año Mario Rivarola ofrece la biblioteca de don Rodolfo para sede de la Academia, que por entonces viene sesionando en el local de la Academia de Ciencias Económicas.

1945 se inicia con la celebración del triunfo de los aliados en la gran guerra, en la sesión del 16 de mayo, en que el presidente Bioy pronuncia emocionadas palabras, a cuyo término los Académicos se ponen de pie. En la misma sesión se toma conocimiento del resultado de la encuesta sobre inmigración y en la siguiente (23 de mayo) por iniciativa del Dr. Octavio R. Amadeo, se hace una manifestación en pro del retorno a la plena normalidad institucional.

En 1946 y 1947 los tiempos son demasiado duros para el país y por ello poca es la actividad de la Academia.

Con todo, a fines de 1947 se reelige a la mesa directiva y se eligen como nuevos académicos a los Sres. Alberto Gaínza Paz, Antonio Aíta, Angel Sánchez Elía, Bernardo Houssay, Carlos Sánchez Viamonte, Antonio Sagarna y Clodomiro Zavalía, todos los cuales se incorporan con excepción del primero, que agradece, pero no acepta.

Entre tanto los desasosiegos de la Academia, que se inician al ser postergada "sine dia" la conferencia que el 23 de octubre de 1943 debió haber dado Monseñor De Andrea, en el Teatro Colón, sobre "La libertad frente a la autoridad", y que han ido

reduciendo las actividades de nuestra Asociación a medida que la dictadura iba cercenando de más en más la libertad, culminan con el decreto del 9 de mayo de 1948 por el que el P. E. pretende prácticamente manejar a su arbitrio todas las Academias.

A raíz de ello y para conservar su independencia, en mayo del mismo año 1948, la Academia resolvió "hacer renuncia a los beneficios del reconocimiento con que la honró el P. E. de la Nación en su decreto del 15 de octubre de 1943", según así se le comunicó textualmente al Subsecretario de Cultura en nota del 20 de ese mismo mes.

Después las sesiones son cada vez más espaciadas y en 1950 se formula, a propósito del caso Haya de la Torre, una declaración sobre el derecho de asilo, tan importante para el mundo todo y en especial para la América latina.

Luego viene un nuevo mandoble: se dispone en setiembre de 1952 la intervención del Ministerio de Educación en el régimen y en la vida de las Academias, en la elección de sus miembros y en la designación de sus presidentes que se reserva el P. E. de la Nación.

La copa está colmada y el 8 de octubre de 1952 la Academia se siente vulnerada y resuelve disolverse "porque considera que toda protesta sería vana". Firmamos Adolfo Bioy, Gregorio Aráoz Alfaro, Miguel de Andrea, Alfredo L. Palacios, Bernardo Houssay, Horacio C. Rivarola, Octavio Amadeo, Agustín Matienzo, Guillermo Garbarini Islas, Enrique de Gandía, Clodomiro Zavalía y Angel Sánchez Elía.

Nada dijo el P. E. ni de la renuncia a la oficialización ni de esta temporaria disolución, por lo que yo entiendo que el reconocimiento de nuestra Academia como nacional subsiste, ya que nunca se derogó el decreto del 15 de octubre de 1943 que la reconoció como tal

Después fue la Revolución de 1955.

Y creado el clima propicio, fue también el renacer de la Academia.

El 5 de octubre de 1955 nos reunimos en el Colegio de Abogados, Adolfo Bioy, Monseñor de Andrea, Horacio C. Rivarola, Bernardo Houssay, Agustín N. Matienzo, Enrique de Gandía, Antonio Aíta, Marcelino Herrera Vegas, Mariano R. Castex, Eduardo Crespo, Ricardo Levene, Rodolfo Martínez Pita y el que habla, y resolvimos reconstituir la Academia, lo que se confirmó en reunión del 23 de diciembre en que se eligió nuevos Académicos a los señores Alfredo de Laferrere y Francisco Romero, a los que siguen poco después los Dres. Juan Silva Riestra, Osvaldo Loudet y el almirante Isaac F. Rojas, y después el Ing. Justiniano Allende Posse, Dr. Martín Aberg Cobo, el Dr. Alberto G. Padilla, el Dr. Narciso Ocampo, el Ing. Rodolfo Martínez, el Dr. Orlando Williams Alzaga, el Dr. Alejandro

Lastra, el Sr. Adolfo Lanús y el Sr. Juan A. Solari, y recientemente Monseñor Derisi.

Entretanto, y aparte de algunas conferencias de sus miembros, la Academia emite tres opiniones trascendentales: La primera en contra del proyecto de tratado antártico, por considerar que lesionaba nuestra soberanía, la segunda expresando su disconformidad con la actitud argentina en la Conferencia de Cancilleres de Punta del Este, en cuanto se negó a adoptar medidas contra el régimen de Cuba, y la tercera el 27 de abril del año pasado, a raíz de la caída de Frondizi, expresando su opinión sobre el momento que vivía el país.

Y llegamos así a los días que corren presididos por Horacio C. Rivarola, pero antes tengamos un recuerdo para los que ya no están con nosotros: Los presidentes Rivarola y Bioy, los Académicos Monseñor de Andrea, Tomás Amadeo, Gregorio Araújo Alfaro, Marcelino Herrera Vegas, Mario Rivarola, Vicente C. Gallo, Honorio J. Silgueira, Daniel J. Cranwell, Rodolfo Martínez Pita, Leopoldo Melo, Octavio R. Amadeo, Ernesto Bosch, Carlos Saavedra Lamas, Alejandro M. Unsain, José Evaristo Uriburu, Ricardo Levene, Rodolfo Bullrich, Adrián C. Escobar, Antonio Sagarna, Clodomiro Zavalía, Angel Sánchez Elía y Rómulo Zabala.

### III

Comenzamos este modesto trabajo haciendo algunas referencias al estado mundial y argentino al nacimiento de la Academia; lo cerraremos con algunas reflexiones sobre el momento actual.

La situación general parece bastante mejor que hace un cuarto de siglo: numerosas entidades internacionales y no pocas interamericanas, como la OEA, suman sus esfuerzos para un mejor entendimiento entre los Estados y una mayor solidaridad entre los pueblos, para el mejoramiento de los cuales surgen incluso planes tan nobles y generosos como los que dan nacimiento a la Alianza para el Progreso.

La misma guerra fría entre la gran democracia de Occidente y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas parece atenuarse con los acuerdos de hace pocas semanas para la supresión de las pruebas atómicas y con el aburguesamiento de Rusia, de que se habla corrientemente en Europa.

Ignoro si a ello contribuye la agudización de los diferendos entre los socialismos ruso y chino, el fortalecimiento de Mao Tse Tung y de su ejército de 2.500.0000 hombres, o la posibilidad de que China haga explotar a breve plazo su primera bomba atómica, pero es lo cierto que los 220.000.000 de rusos empiezan a recordar que son blancos y a mirar con menos antipatía a Occidente que a los 770.000.000 de amarillos chinos, a los que les han retirado ayuda e instructores.

Todo ello, y a pesar de algunos focos desagradables como Cuba, permite mirar con optimismo la paz del mundo.

El mismo optimismo cabe en el orden científico; mentira parece lo que se ha avanzado en 25 años: la penicilina y los demás antibióticos han adelantado en siglos la medicina al alargar en lustros la vida del hombre; los sonidos y las imágenes se transmiten a distancias cada vez mayores, el átomo desintegrado y el Sol generan cada vez mayor energía, satélites habitados o no rondan la tierra a velocidades inimaginables y no está lejano el día en que el hombre posará sus plantas en la Luna o en Marte.

En el orden nacional, hay un hábito de esperanza, aunque no son pocos los problemas a resolver, comenzando por el económico, en que es indispensable equilibrar el presupuesto, eliminando la enorme cantidad de empleados innecesarios que padecemos en la Administración y en las diversas empresas estatales, entre las cuales, en primer término, los ferrocarriles.

Equilibrio en el presupuesto y aumento de la producción son las dos premisas indispensables para que tengamos una moneda sana, que es, a su vez, la condición "sine qua non" para que vuelvan a venir los inmigrantes y los capitales que tanto necesita el país. Hoy como ayer sigue siendo de actualidad la frase síntesis de Alberdi el Grande: "En América gobernar es poblar".

Demás está decir que para que vuelva a venir inmigración debemos mejorar la justicia, la eterna deficiencia de la América latina, y modernizar nuestras leyes de fondo y forma, volviendo incluso a implantar la pena de muerte, como defensa indispensable de la sociedad contra pistoleros y amorales.

Por otra parte, hay que educar e instruir al pueblo: los porcentajes de analfabetos que dan las estadísticas son falsos porque se considera alfabetos a quienes apenas saben estampar sus firmas o deletrear malamente sus nombres, siendo incapaces de leer ni siquiera un diario. Posiblemente el 8,8 % de las últimas estadísticas sea el doble o el triple. Hay que exigir, como en otros países, que se sepa leer y escribir correctamente para poder votar.

Hay que elevar, y no poco, el standard de vida de los obreros; los jornales que se pagan en nuestro país son muy bajos y no hay que olvidar que el trabajador es un ser humano con todas las necesidades de tal. Hay que educar al ignorante, pero hay que comenzar por darle de comer.

En la conferencia de Punta del Este se propuso como mínimo indispensable un aumento del 2,5 % anual en el ingreso personal por habitante, pero según el último informe del Banco Interamericano el producto interno bruto de la Argentina sufrió una reducción del 3,5 % lo que representa un descenso del 5,5 % por habitante.



Hay que llevar el agua, la luz, los caminos y la vivienda sana al campo y a la ciudad.

No se arreglan las villas miseria con ignorarlas. Es menester mirar el problema de frente y ya que las mismas, aunque nos duela, existen, hay que dar facilidades a esa gente para que pueda transformar su vivienda.

“Hay que desterrar para siempre la pobreza, la ignorancia y la desesperación”, según la frase feliz de Kennedy refiriéndose a la Alianza para el Progreso.

Correlativamente el obrero debe comprender que debe producir, vale decir trabajar, más, y mucho. Nuestros índices de producción son ridículamente bajos. El trabajo intenso y sostenido hizo el milagro alemán, y el italiano, y hará todos los milagros habidos y por haber en materia económica.

Carlos Octavio Bunge en su “Nuestra América”, siempre de actualidad, señala como características de nuestra población la pereza, la tristeza y la arrogancia. Es muy acertada esa observación y lo es sobre todo en lo que se refiere a la pereza.

Caminos, caminos y más caminos, sería mi divisa si yo fuera gobernante: la Argentina tiene apenas un kilómetro de camino firme por cada 5 de vías férreas, cuando en Canadá, Australia y Uruguay la proporción es inversa.

Tenemos apenas 6 ó 7.000 kilómetros de caminos pavimentados cuando debiéramos tener por lo menos 10 veces más.

Hay partidos riquísimos de la provincia de Buenos Aires, como Caseros, que no tiene un solo kilómetro de camino pavimentado.

La construcción de éstos sería la mejor y la única reforma agraria que el país necesita.

Es absurdo hablar de una reforma agraria de corte drástico, como las de Bolivia o Cuba, en un país que aún conserva más de cien millones de hectáreas de tierra fiscal frente a 26 millones de superficie cultivada.

La única reforma agraria que cabe en la Argentina es la de dotar a sus campañas de buen transporte, la de crear verdaderas escuelas rurales y establecimientos técnicos, la de agizar el crédito agrario, la de despertar el espíritu de ahorro y previsión, la de sugerir una mejor tecnificación y comercialización de la producción y la de dar a los hombres del campo la seguridad de que podrán trabajar tranquilos y de que no serán expoliados por el gobierno para mantener parásitos del presupuesto y jubilados prematuros.

Se habla mucho y con razón de las jubilaciones de hambre y del retardo en el pago de las mismas, pero se olvida que hay también beneficios de excesivo monto y que la edad mínima

para las jubilaciones que, en la casi totalidad de los países europeos, es de 65 y 70 años, es en el nuestro exageradamente baja. Con sólo elevar a 65 años la edad jubilatoria y poner un tope de \$ 30.000 a los beneficiarios, se sanearían todas las Cajas.

Hay mucho que hacer en nuestra Patria, pero sobre todo hay que devolver la confianza al extranjero por el respeto de las leyes y contratos y al pueblo la fe perdida en sí mismo y en sus conductores, demostrándole los nuevos gobernantes —para los que todos deseamos el mejor acierto en bien de todos— que son tan probos y prudente como lo fueron Mitre, Sarmiento o Avellanada.

La Academia ha de colaborar con ellos estudiando todos los problemas electorales y políticos de actualidad.

Las grandes condiciones del pueblo argentino, las que hicieron posible construir la Patria, no han desaparecido. Buena parte del pueblo está enferma de desconfianza y de abulia, pero no ha muerto.

Todos: el gobierno y las instituciones rectoras como ésta, tienen la obligación de contribuir a devolverle la confianza en sus innegables grandes destinos.

Así ha tratado de hacerlo la Academia en sus 25 años de vida; así debe hacerlo hoy para justificar su nacimiento y su vida, y así ha de hacerlo seguramente. Tiene en su seno elemento humano capaz de ello y de mucho más y con la ayuda de Dios ha de seguir avanzando hacia sus grandes destinos, con el mismo ritmo en que ha de volver a avanzar la Patria.

---

---